

«Sydney 2008 – Madrid 2011»

**Encuentro Internacional de los responsables de las JMJ
Roma, 2-5 de abril de 2009**

*Presentación del Mensaje del Santo Padre a los jóvenes
con ocasión de la XXIV Jornada Mundial de la Juventud 2009*

5 de abril de 2009

✠ *Mons. Josef Clemens*
Secretario
Consejo Pontificio para los Laicos

Estimados hermanos en el ministerio sacerdotal (y episcopal):
Queridos delegados de las conferencias episcopales y de los movimientos eclesiales y nuevas comunidades:
Queridos amigos y amigas:

Antes de exponer las líneas básicas del Mensaje del Santo Padre a los jóvenes del año 2009, quisiera presentar el tema de este año en el margen global de los temas de las próximas Jornadas Mundiales de la Juventud hasta la JMJ de Madrid en agosto de 2011.

1. Los temas de las tres próximas JMJ

El Santo Padre mismo anuncia los tres temas en su Mensaje del año 2009:

- XXIV Jornada Mundial de la Juventud (2009)
«Hemos puesto nuestra esperanza en el Dios vivo» (*1Tm 4, 10*)
- XXV Jornada Mundial de la Juventud (2010)
«Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?» (*Mc 10, 17*)
- XXVI Jornada Mundial de la Juventud (2011)
«Arrraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe» (cfr. *Col 2, 7*)

2. La «dinámica» de este trienio

Cada uno de los temas tiene su lógica y, al mismo tiempo, está vinculado a los otros dos. El primero, para este año **2009**, habla de la esperanza, partiendo de una cita tomada de la primera carta de san Pablo a Timoteo, en el marco del Año Paulino 2008-2009: «*Hemos puesto nuestra esperanza en el Dios vivo*» (*1Tm 4, 10*).

En el contexto actual, es evidente lo esencial que es este tema para los jóvenes. De ello hablaremos en seguida. También es evidente que la esperanza es una virtud central en la vida cristiana. El Papa dice: «La cuestión de la esperanza está en el centro de nuestra vida de seres humanos y de nuestra misión de cristianos, sobre todo en la época contemporánea».

Este tema también está vinculado a la llamada misionera que resonó en la JMJ de Sydney, donde el Papa explicó a los jóvenes que el Espíritu Santo nos hace a todos testigos de la esperanza en el corazón del mundo en el que vivimos. Les exhortó a participar en la construcción de un mundo nuevo, donde la vida sea acogida, el amor sea generoso y la acción libre de todo egoísmo.

Estas son sus palabras: «Queridos jóvenes amigos, el Señor os está pidiendo ser profetas de esta nueva era, mensajeros de su amor, capaces de atraer a la gente hacia el Padre y de construir un futuro de esperanza para toda la humanidad» (Homilía del 20 de julio de 2008).

El tema del año **2010** parte de la pregunta del joven rico a Jesús citadas en el evangelio de Marcos: XXV Jornada Mundial de la Juventud (2010) «*Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?*» (Mc 10, 17=Mt 19, 16=Lc 18, 18).

En 2010, celebraremos el 25 aniversario de la carta que el Papa Juan Pablo II escribió a los jóvenes en 1985, en la que el siervo de Dios presenta un magnífico comentario del encuentro entre Jesús y el joven rico, que en cierto sentido representa a todos los jóvenes¹. La pregunta que pone el joven concierne al actuar: «¿Qué debo hacer?». El tema de la JMJ 2010 atañe, por lo tanto, el compromiso cristiano en el mundo. Y la meta de este compromiso es «obtener la vida eterna». Comprendemos así cómo este tema es la continuación del precedente, centrado en la esperanza en la vida eterna.

Y por último, el tema de la JMJ de Madrid, en **2011**, se inspira en la carta de san Pablo a los Colosenses y concierne el arraigamiento en la fe en Cristo: «Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe» (cfr. Col 2, 7). El Papa anima constantemente a los jóvenes a cultivar la fe cristiana para que madure y se haga firme, una base fuerte y segura para su vida.

El Santo Padre propone, por lo tanto, en estos tres años a los jóvenes cristianos un verdadero y específico «trayecto formativo» hacia Madrid. Como se puede ver, esto gira, en un cierto modo, en torno a las tres virtudes teologales: *esperanza, caridad y fe*. Como escribía el poeta francés Charles Péguy, si las tres virtudes son como hermanas, la esperanza es la más pequeña, que tira de la mano a las otras dos. Esto es, sin duda, el motivo por qué nuestro camino comienza por la esperanza.

3. El «contexto» del tema

Considero que el tema elegido para la JMJ 2009 - «*Hemos puesto nuestra esperanza en el Dios vivo*» (1Tm 4, 10) – sea muy adecuado para las circunstancias actuales, por diversas razones.

¹ Cfr. Juan Pablo II, Carta Apostólica *Dilecti Amici* a los jóvenes del mundo con ocasión del Año Internacional de la Juventud (31.03.1985), Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 1985.

La primera surge del Año Paulino en curso: el tema, de hecho, está tomado directamente del pensamiento de san Pablo, que constituye uno de los aspectos más importantes, visto la cantidad de veces que aparecen en sus cartas la palabra «esperanza».

Pero este tema también es actual por el contexto socio-cultural actual. La crisis contemporánea se presenta bajo múltiples y diferentes aspectos: crisis financiera, crisis del empleo, crisis económica, falta de comida y agua en numerosas poblaciones, etc. Pero también está la crisis moral, la crisis de la familia afectada por un gran número de divorcios y la promoción de otros modelos de vida, graves problemas de natalidad, de bioética, etc.

Pensándolo bien, todo esto está unido, en gran parte, a la virtud de la esperanza. Es la falta de esperanza la que impide a una pareja donar la vida y así construir una familia. Es la falta de esperanza que impide a los gobiernos y a las empresas a hacer proyectos. Y los jóvenes se encuentran entre las primeras víctimas de esta crisis de esperanza: si la sociedad no les ofrece alguna esperanza de un futuro conyugal y familiar, de un futuro profesional, ¿cómo pueden pensar en construir algo hoy? ¿A qué sirve estudiar? ¿A qué sirve hacer proyectos de un amor duradero? Esto es aún más terrible si se piensa que la juventud es en sí el tiempo de la esperanza, es una de sus características.

La misión de la Iglesia es, por lo tanto, devolverles a los jóvenes lo que es vital para ellos: la capacidad de ir adelante, de comprometerse, de formarse para preparar su futuro y el futuro del mundo, es, pues, vivir el presente plenamente.

Además, a los jóvenes cristianos les corresponde ser testigos de la esperanza ante sus coetáneos. La comunidad de los creyentes tiene ayudar a que se conviertan, mediante la gracia de Dios, en testigos de la esperanza para el mundo. En todos los tiempos, la sociedad se ha beneficiado de la aportación de los jóvenes.

Recordemos la influencia de los jóvenes monjes en la Europa de la Edad Media y la obra de san Francisco de Asís. Más cercano a nosotros: el joven Frédéric Ozanam (1813-1853) que fundó la Sociedad de san Vicente de Paúl a la edad de 20 años (1833), o pensemos en el impacto que santa Teresa del Niño Jesús (1873-1897) y del beato Pier Giorgio Frassati (1901-1925), muertos los dos a los 24 años.

Tantos jóvenes participaron en la vida de nuestro mundo, porque estaban sostenidos por una grande esperanza. Es la esperanza que se encuentra en Cristo, el Dios vivo, como afirmo san Pablo después de haberla experimentado en el camino de Damasco, cuando tenía alrededor de veinte años. Hasta su muerte fue un testigo apasionado.

4. Un tema querida al Papa Benedicto XVI

Como sabemos, el Papa ha dedicado a la esperanza su segunda encíclica, *Spe Salvi*. En esta encíclica, él muestra cómo la esperanza, tan vital para este mundo, esté presente en toda la vida de la Iglesia y en toda la Sagrada Escritura. A modo de explicación, el Santo Padre

recuerda el hermoso testimonio de la santa africana Josefina Bakhita, nacida en torno al año 1869 en el Darfur (Sudán).

Esclava, golpeada a diario, después vendida a un cónsul italiano, Josefina descubrió a Jesucristo, el Maestro bueno que la amaba haciéndola hija de Dios. Ser amada, sucediera lo que sucediese, esta era su esperanza. Bautizada a la edad de 21 años, escogió la vida religiosa, porque la embargaba el gran deseo misionero de compartir su esperanza con el mayor número posible de personas.

En la encíclica *Spe Salvi*, Benedicto XVI explica también cómo la cultura dominante en los últimos dos siglos haya querido fundar la esperanza fuera de la relación con Dios: a menudo, la esperanza ha sido depositada sólo en el progreso científico y técnico, en los sistemas políticos, en la libertad individual y en el materialismo. Dios ha sido el gran ausente de tantas corrientes del pensamiento. El resultado es bien conocido: las guerras y las injusticias flagrantes del siglo XX, el individualismo y la desesperación tanto en las sociedades ricas como en los países pobres.

En su Mensaje a los jóvenes, Benedicto XVI retoma este análisis significativo: «La experiencia demuestra que las cualidades personales y los bienes materiales no son suficientes para asegurar esa esperanza que el ánimo humano busca constantemente. Como he escrito en la citada encíclica *Spe Salvi*, la política, la ciencia, la técnica, la economía o cualquier otro recurso material por sí solos no son suficientes para ofrecer la gran esperanza a la que todos aspiramos. Esta esperanza “sólo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar” (n. 31).

Por eso, una de las consecuencias principales del olvido de Dios es la desorientación que caracteriza nuestras sociedades, que se manifiesta en la soledad y la violencia, en la insatisfacción y en la pérdida de confianza, llegando incluso a la desesperación».

Por ello él exhorta a los jóvenes a buscar la *gran esperanza* y a ser misioneros: «Sabemos que el ser humano encuentra su verdadera realización sólo en Dios. Por tanto, el primer compromiso que nos atañe a todos es el de una nueva evangelización, que ayude a las nuevas generaciones a descubrir el rostro auténtico de Dios, que es Amor. A vosotros, queridos jóvenes, que buscáis una esperanza firme, os digo las mismas palabras que san Pablo dirigía a los cristianos perseguidos en la Roma de entonces: “El Dios de la esperanza os colme de todo gozo y paz en vuestra fe, hasta rebosar de esperanza por la fuerza del Espíritu Santo” (*Rm 15,13*).

5. En la escuela de san Pablo

En este Año Paulino, Benedicto XVI propone a los jóvenes san Pablo como modelo de un apóstol de la esperanza. La llave de su esperanza es su encuentro con Cristo en el camino de Damasco. El Papa subraya que para él la esperanza no era un sentimiento, ni una idea, ni un beato optimismo, sino un don que nacía del encuentro con el Salvador del mundo:

«Para Pablo, la esperanza no es sólo un ideal o un sentimiento, sino una persona viva: Jesucristo, el Hijo de Dios. Impregnado en lo más profundo por esta certeza, podrá decir a Timoteo: “Hemos puesto nuestra esperanza en el Dios vivo” (1 Tm 4,10). El “Dios vivo” es Cristo resucitado y presente en el mundo. Él es la verdadera esperanza: Cristo que vive con nosotros y en nosotros y que nos llama a participar de su misma vida eterna. Si no estamos solos, si Él está con nosotros, es más, si Él es nuestro presente y nuestro futuro, ¿por qué temer?».

Esto es tan sencillo y fundamental y tiene consecuencias muy claras para la pastoral juvenil. No podemos dar a los jóvenes razones para esperar sin proponerles el encuentro con Cristo. Todo lo demás es secundario. Sin la propuesta de una relación fuerte y primaria con la persona del Salvador, construimos sobre arena. Nada quedará de nuestro trabajo pastoral con los jóvenes. Al contrario, si han encontrado al Mesías, podrán recibir de él los medios para ir adelante en la vida y cumplir su misión de cristianos. No se trata de darles un vaso de agua sacándola de nuestras reservas personales, sino de conducirles a la fuente. Sólo así podrán volver para beber y también llevar agua a otras personas.

6. Los «medios» de la esperanza

¿Cómo permitir a los jóvenes cristianos que reciban esta esperanza a través del encuentro con Cristo? El Santo Padre recuerda los medios con los que Cristo habitualmente se nos ofrece.

En primer lugar, la oración, acto de esperanza por excelencia. El cardenal Ratzinger hace más de veinte años hablaba en un curso de ejercicios espirituales (1968) de la oración como «interpretación de la esperanza» (Tomás de Aquino) y añadía: “La oración es la lengua de la esperanza”². Concretamente proponía el Padrenuestro como una escuela de esperanza: su concreta iniciación. Decía entonces: “Un hombre desesperado no reza más, porque no espera más; un hombre seguro de su poder y de sí mismo no reza más, porque confía únicamente en sí mismo. Quien reza espera en una bondad y en un poder que van más allá de sus propias posibilidades. La oración es esperanza en acto.

² J. Ratzinger, *Guardare Cristo. Esercizi di Fede, Speranza e Carità*, Jaca Book, Milano 1989, 54.